

centro, y Velazquez de Leon, pariente cercano del gobernador de Cuba, se puso á la cabeza de la tercera, que formaba la retaguardia.

A media noche empezó esta retirada con visos de huida, con el mayor silencio para no llamar la atencion del enemigo, y la lluvia que estaba cayendo, como que favorecia la salida de las tropas españolas. No encontraron obstáculo ninguno hasta la calzada de Tacuba, hácia donde se dirigian, no figurándose que estoviese cortada, por hallarse en direccion opuesta al camino que habian seguido los españoles para entrar en la ciudad.

Los mejicanos habian tenido buen cuidado de cortar esta calzada y fué preciso echar el puente volante sobre la cortadura, que se franqueó sin dificultad; pero en el momento en que las tropas llegaban á otra cortadura que se disponian á pasar de la misma manera, se oyeron de improviso los gritos de guerra, el lago se cubrió al instante de canoas, y una granizada de flechas y de piedras fué el primer anuncio del combate mas terrible de que hace mención la historia: combate cuyo horror era aumentado por un conjunto de diversas circunstancias.

Cortés se manifestó heroico, verdaderamente heroico en esta espantosa noche; solo él conservó su sangre fria y su firmeza, solo él no desesperó de la salvacion del ejército. Reuniendo como unos cen hombres, hizo los mayores esfuerzos para abrirse paso hasta la segunda y luego hasta la tercera corta-

dura de la calzada. Al fin triunfó su valor y llegó á tierra firme, sirviéndole de puente los cadáveres de sus enemigos que llenaron el hueco de las cortaduras.

¿Pero qué le importaba su propia salvacion? El peligro de la mayor parte de sus soldados le llamaba al teatro de duelo y de matanza: escoge entre los que se han salvado los pocos que no estaban heridos y vuelve con ellos al sitio del peligro. Logra incorporarse con parte de sus compañeros que seguian por la calzada el camino que él les habia abierto; mas ¡ah! todavía quedaban muchos desgraciados que salvar. Escuchábanse los lúgubres acentos de los españoles que habian caido vivos en poder de un enemigo feroz, que los llevaba al templo para inmolarlos en los altares de sus divinidades. Cortés queria ir á libertarlos; mas en vano trata de llegar hasta ellos; obstáculos insuperables se le oponen, y le es preciso limitarse á proteger y asegurar la retirada de los pocos soldados que sobreviven á este gran desastre.

Cuando salió la aurora, Cortés pudo conocer la estension de sus pérdidas, y no pudo reprimir sus lágrimas al ver cuántos valerosos compañeros de armas le faltaban. La mayor parte de sus tropas habia perecido á manos del enemigo, ó en las aguas del lago: dos mil tlascaltecas habian sucumbido con mas de la mitad de los españoles. Entre los muertos se contaba Velazquez de Leon y otros muchos intrépidos oficiales, y casi todos los que se habian

salvado estaban cubiertos de heridas: nada se había podido salvar de la artillería, municiones y bagajes, y cuantos tesoros se habían reunido se perdieron también casi en su totalidad.

Un nombre que caracteriza esta espantosa derrota, ha perpetuado su recuerdo: la noche tan fatal á los españoles es conocida hoy día en Nueva España con el nombre de *Noche triste*.

En Tamba fué donde los fugitivos españoles hicieron alto por la primera vez desde su salida de Méjico; pero no se detuvieron mucho tiempo en este paraje. No podían contar mas que con la hospitalidad de los tlaxcaltecas, y para llegar á su capital era preciso costear toda la parte setentrional del gran lago mejicano. Como los españoles se hallaban entonces en la parte occidental, tenían que atravesar países desconocidos, en los que no esperaban encontrar los bastimentos que tan necesarios eran á las tropas fatigadas por una larga caminata. A pesar de todo, este era el único partido que Cortés podía tomar para salvar los restos de su ejército, por lo que se dirigió á Tlaxcala.

La marcha de los españoles al través de inmensas soledades, donde no encontraban para alimentarse mas que frutas silvestres, raices y tallos verdes de maiz, fué una série de horribles padecimientos.

Hacia ya cinco días que caminaban de esta suerte las tropas españolas; pero todavía no habían llegado al término de sus males. La jóven Marina,

que lo mismo que Aguilar, pudo salvarse de la catástrofe de la noche triste, había oído decir muchas veces á los mejicanos en sus repetidos ataques contra los españoles: "Id, malvados, caminad al sitio en que recibireis el castigo de vuestros delitos."

El sentido de estas palabras encerraba un enigma que no se adivinó hasta que al sexto día llegaron al valle de Otumba. Desde una altura inmediata á este paraje, descubrieron los españoles con espanto allá á lo lejos, los numerosos batallones indios que cubrían la llanura. Aquellos mismos que hasta entonces habían conservado toda su serenidad, no pudieron menos de estremecerse á vista de tantos y tan nuevos enemigos como se presentaban para combatir. Cortés, á prueba de todos los reveses de fortuna, reanimó el valor de sus soldados, haciéndoles comprender en una enérgica alocución que había llegado el momento de vencer ó morir, y vió al instante marchar á sus tropas en busca del enemigo, que no esperaba tan impensado acontecimiento.

Había inspirado Cortés tal ardor á sus valientes, que rompieron hasta el centro del ejército mejicano, sembrando el camino de muertos y moribundos; pero bien pronto agobiados de fatiga, apenas podían manejar sus armas, y envueltos y acosados por la muchedumbre de los mejicanos iban ya á sucumbir todos en lucha tan desigual, cuando una repentina inspiración de su jefe los salvó y les dió la victoria. Divisando á lo lejos al general del ejército enemi-

go, que llevaba el estandarte del imperio, se acordó de que la pérdida de este estandarte era para los mejicanos la señal de la derrota. Reunió al instante á sus capitanes que tenian caballo, y se precipitó con ellos sobre la tropa que custodiaba el estandarte, la dispersa y de un bote de lanza tiende á sus piés al general mejicano. Uno de los ginetes echa pié á tierra, remata de una estocada al general y se apodera del estandarte, á cuyo tiempo las demás banderas se rinden á los españoles, y los mejicanos despavoridos huyen arrojando sus armas.

Esta victoria que dejaba á los españoles franco el camino de Tlaxcala, les proporcionó tambien un botin considerable: oportuna indemnización de los tesoros que habian tenido que abandonar en Méjico, porque los enemigos dando por suya la victoria, habian venido adornados con cosas ricas preseas que fueron despojo de los soldados de Cortés.

Al día siguiente entraron en el territorio de los tlaxcaltecas, que los recibieron con su acostumbrada benevolencia, y así pudieron disfrutar algun descanso. Hallábanse todavía en Tlaxcala cuando Cortés recibió una noticia que le colmó de alegría, porque iba á recibir un inesperado refuerzo de soldados y municiones de toda especie.

Velazquez, gobernador de Cuba, dudaba tan poco del triunfo de Narvaez, que sin esperar noticias suyas, le envió otros dos navios cargados de municiones, dando á los comandantes de estos navios nuevas instrucciones para el general. El goberna-

dor de Veracruz hizo mañosamente que los dos buques entrasen en el puerto, y apoderándose de ellos sin dificultad, determinó á las tripulaciones á que sirviesen á las órdenes de Cortés. Poco despues llegaron á la costa otros tres grandes navios que formaban parte de una escuadra, equipada por el gobernador de Jamaica para hacer nuevos descubrimientos; pero los capitanes, habiéndose dirigido hácia las provincias setentrionales de Méjico, habian encontrado pueblos pobres y belicosos que les hicieron mal recibimiento. Despues de penosas escursiones y sin útil resultado, habian venido á parar al puerto de Veracruz, é invitados allí á incorporarse á las tropas de Cortés, le procuraron tan considerable refuerzo de armas y municiones de guerra, que el ejército se encontró tan numeroso como en el momento de entrar en Méjico, y se creyó con él capaz de conquistar todo el imperio. Los tlaxcaltecas y los otros pueblos indios aliados suyos, le facilitaron un cuerpo auxiliar de diez mil hombres.

Otro suceso que concurrió á favorecer sus proyectos contra Méjico, fué la muerte del nuevo emperador Quetlavaca, que mandaba á los mejicanos en la *Noche triste*.

Los mejicanos eligieron por emperador en lugar de Quetlavaca, á un cercano pariente de Motezuma llamado Guatimocin. Este, que no carecia de valor ni de prevision, apresuró la ejecucion de los trabajos empezados por orden de su predecesor, y cuan-

do llegaron á su noticia los nuevos preparativos de los españoles, reunió en su capital gran número de guerreros convocados de todas las provincias del imperio. Guatimocin estaba dispuesto á oponer una desesperada resistencia al enemigo.

Cortés, avisado de lo que pasaba en Méjico, no se arredró por las nuevas dificultades de su empresa, y se puso en camino á la cabeza de su ejército, dirigiéndose á la capital del imperio.



á Cortés que deseara en ella por la noche
oficialmente cuanto sus propias indicaciones
deben haberse que los indios se debían con-
tar á la voluntad.

Porque este consejo respectivo á Cortés que se
debe dar para el fin que se pretende en
la guerra, se debe dar en su propia
propiedad, y no en la de los demás, en la
cual se debe dar en su propia propiedad, en la
cual se debe dar en su propia propiedad, en la

V.

Marcha de los españoles á Méjico.—Llegada á Tezcuco.

—Perfidia de un cacique.—Preparativos de defensa

en Méjico.—Cortés hace construir una flota para el

ataque de la capital.—Conspiracion contra él.—Plan

de los conjurados.—Los trece bergantines.—Ataque

de Méjico.—Desastres.—Nuevos aliados.—Los espa-

ñoles entran en Méjico.—Un desafio.—Guatimocin

cae prisionero.—Sumision de los mejicanos.—Guati-

mocin y su ministro puestos en el tormento.—Reedifi-

cacion de Méjico.—Muerte de Guatimocin.—Regre-

so de Cortés á España.—Se justifica y vuelve á Mé-

jico.—Descubrimiento de la península de la Califor-

nia.—Cortés vuelve á España.—Su muerte.

HABIA llegado ya el ejército á las cercanías de Tezcuco, cuando se presentaron embajadores, enviados por el cacique de esta ciudad para convidar